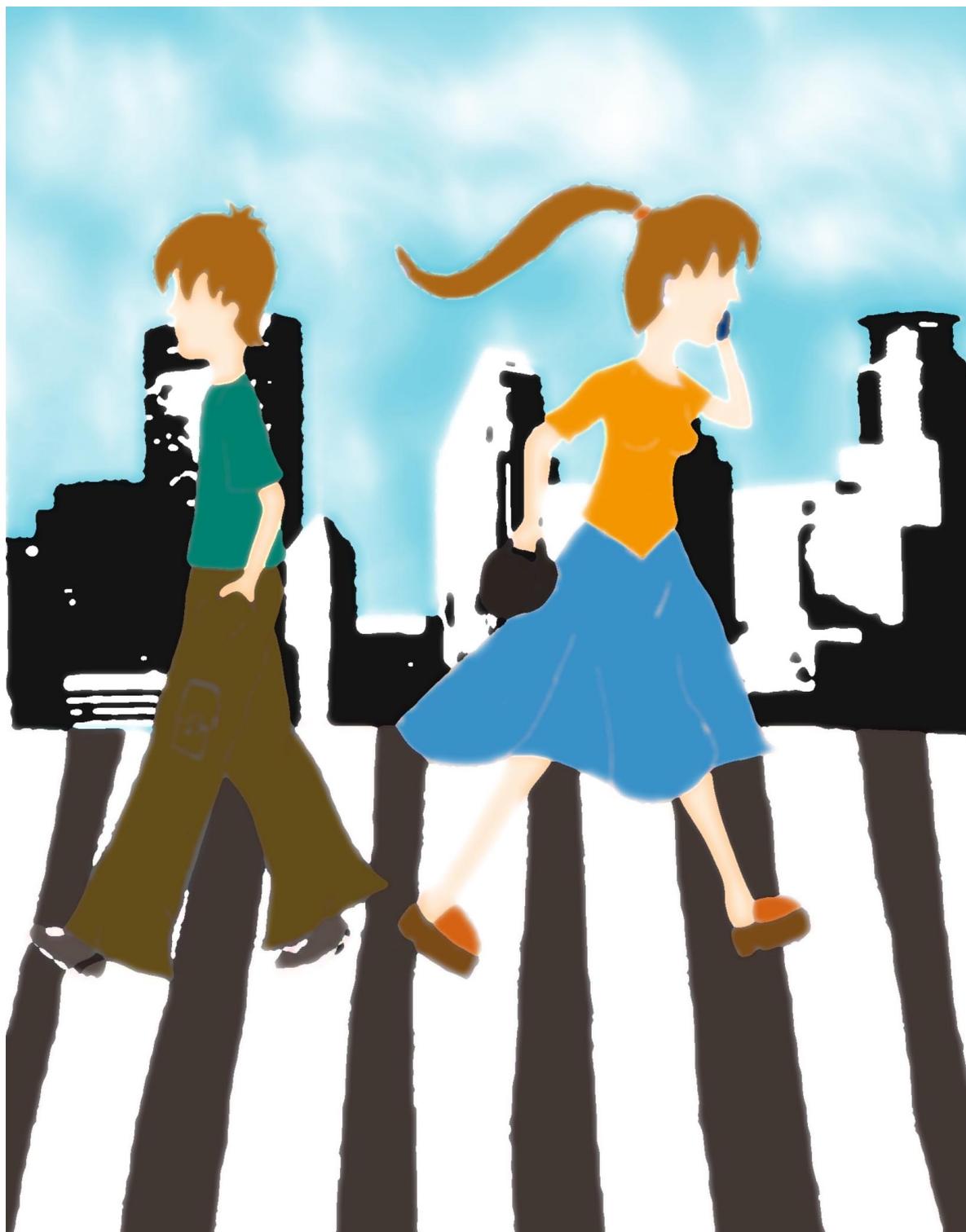


Cuestión de cuentos

Marisol Fernández Recalde



Capítulo 1

Contémonos algo

Tengo ganas de contar una historia. ¿Cuál, me preguntas? ¡Pues no sé! Si cuento una historia triste, todos llorarán; si cuento una historia alegre, me tratarán de frívola. Aún así, tengo ganas de contar historias. ¿Conoces algunas? Mmmmh... Bueno, yo sé muchas y no sé por cuál comenzar. ¿Cuentos clásicos? ¡Ya se la saben todos! ¿La historia de mi vida? No sé... no hay mucho que contar. ¡Rayos! ¡De tan solo pensar en esto me duele la cabeza! ¿Combinar historias? No sé, no le veo el sentido. Hay muchos conservadores que no quieren escuchar, por ejemplo, de hombres lobos que comen cerebros, o de hadas que fornican con vampiros, o de brujas que viajan por el espacio gracias a los OVNIS. ¿A ti te gustaría que contara esa clase de historias? ¡Lo sabía! Tendré que leer más o que. O no llegaré a nada. ¿Romances? ¡Mucho cliché! ¿Terror? ¡Ya dan asco! ¿Suspense? ¡Me duele hasta el pensamiento! ¿Filosófico? ¡No! ¡Muy profundo para mi gusto! Me rindo. No sé qué contar. Mejor contá vos una historia y se terminó el partido.

Capítulo 2

Reflejo

Cada vez que te veo en mis recuerdos, extendiendo mis brazos para poder abrazarte. Aun así, siento como que algo me aleja de ti. Sigo con mis brazos por el aire, pero solo puedo mirarte.

De día, de noche. Por horas veo el recuerdo de tu reflejo. Ya sea por los cristales de las ventanas, por los espejos, por el brillante metal de la cuchara o por la gota de agua recorriendo una hojita. Mis brazos se extienden, intentan desprenderse de mí. Tu reflejo sigue distante, intentando fugarse de los ojos de mis recuerdos para nunca atraparte.

Aun sigues en mis recuerdos, así como también mis brazos siguen extendidos. Mas estoy segura que, algún día, mis brazos llegarán a ti y la fantasía del recuerdo romperá la ilusión del reflejo.

Capítulo 3

Ojos dorados

Un chico. Un simple chico que estaba en la plaza, leyendo un libro. No tendría nada de extraordinario si no fuesen por sus ojos dorados. Unos cuantos se daban vuelta solo para contemplar aquellos llamativos ojos. A algunas les parecía atractivo. Pero ninguna se detenía a conversar con él, dado que tenían que resolver sus respectivos problemas de la vida.

La única que lo miraba fijamente era Lucrecia. Ella era una chica común y corriente, sin una belleza extraordinaria. Aún así, Lucrecia se sentía atraída por el chico de los ojos dorados. Deseaba conocerlo, preguntarle su nombre. Pero no se animaba a hablarle. Tenía la ilusión de que él interrumpiera la lectura y se percatara de su presencia. Pero el muchacho estaba muy concentrado.

Lucrecia era soñadora. Y como toda soñadora, se imaginó que el muchacho la miraría, se acercaría a ella y le diría:

- Me di cuenta de que me estabas observando. ¿Nos conocemos de algún lado?

A lo que ella respondería:

- Tal vez. A lo mejor, en otra vida nos conocíamos muy bien.

En vez de eso, el muchacho cerró su libro, se levantó y se fue en dirección opuesta de donde se encontraba su admiradora.

Capítulo 4

Dolor

Con una mano sobre mi rostro vas acariciando suavemente mi mejilla, mientras evito derramar alguna lágrima. Tu sonrisa de dolor me mortifica. No deseo verte llevar aquella mortífera cruz. Y sin embargo estás ahí, pálido, mirándome fijamente mientras veo mi propio reflejo en tus ojos negros. No soy la misma. Aquel reflejo no me representa. Solo es lo que deseo aparentar delante de ti, para que no sigas sufriendo por el pecado de los ingratos humanos. Tomo tus lastimadas manos y las beso. Se van enfriando, así como también se van apagando el brillo de tus ojos. Y al final, pongo mis dedos sobre tus párpados y los bajo, lentamente, para borrar aquel falso reflejo de mi persona y poder, al fin, derramar lágrimas de dolor.

Capítulo 5

Chicas extrañas

Era un día soleado. ¡Sí! ¡Lo recuerdo bien! El sol brillaba más de lo normal. Aún así, igual fui al trabajo creyendo que sería un día como cualquier otro. Pero bueno, si siempre tiene que ser así, la vida sería muy aburrida.

Todo pasó cuando me topé con dos chicas muy extrañas. Digo que eran extrañas porque, primero, nunca las había visto. Y segundo, porque una tenía el pelo rosado y la otra tenía el pelo azul. Bueno, tampoco eso sería nada fuera de lo común si no estuviesen hablando en un dialecto desconocido. No era chino. Tampoco japonés. Ni siquiera un idioma de algún país africano. Mientras intentaba distinguir el idioma de aquellas chicas, un gato de color celeste vino y se acercó a mí. Tampoco sería tan raro si las chicas no hubiesen dado unos gritos de terror, como si acabasen de ver al mismísimo diablo en persona. Ante esa reacción, el gato se acercó a las chicas y las miró con intensidad. Ellas gritaron aún más y yo me tapé los oídos porque no soportaba tanto escándalo. Al final, el gato las ignoró y se fue. Las chicas dieron un suspiro de alivio y siguieron conversando, como si no sucediese nada. Y como no pasó más nada extraño después de eso, decidí dar la vuelta y esfumarme.

Días después, tomé el mismo trayecto y las vi otra vez, en el mismo lugar y a la misma hora. Grande fue mi sorpresa cuando vi que el gato las acompañaba y no armaban ningún escándalo por eso. No lo podía creer. Ellas no lo temían y lo trataban como a un rey. Como la curiosidad "mató al gato", me acerqué y les pregunté el porqué antes le temían al gato y ahora no. Ellas me miraron con una cara de susto, se levantaron, alzaron al gato y se alejaron de mí corriendo. Entonces me di cuenta de que ellas no se asustaron del gato aquel día, sino de mí. No sé por qué. Pero bueno, mejor a seguir con mi vida rutinaria y normal.

Capítulo 6

Suplentes

Me iba. Sí. Tenía que irme. Y sin embargo, no deseaba que sintieran mi ausencia. Por lo tanto, dejé un suplente con todo lo bueno y malo que hay en mí.

Lo hice con fragmentos de deseos, los fusioné con falsa paciencia y le cargué con una pizca de dulzura y orgullo. Era perfecto. Con él, sentí que no me extrañarían.

Satisfecha con mi trabajo, empaqué y me fui. Total, él se haría pasar por mí.

Pasaron las semanas, los meses y los años. Las nostalgias del pasado me hicieron regresar para reencontrarme con mi familia. Al llegar, me llevé la sorpresa de que ellos también se marcharon, dejando sus suplentes para que mi suplente no se sintiera solo.

Los miré de lejos. Eran perfectos. Pero nunca los consideraría mi familia.

Tiempo después, mi verdadera familia regresó y me hallaron. Así comprendí que ellos sintieron lo mismo cuando conocieron a mi suplente.

Ahora vivimos todos juntos, comenzando desde cero.

Capítulo 7

Etérea

Los rostros se desfiguraban, como si estuviesen por detrás de un vidrio empañado por la neblina. Mi respiración se me dificultaba. Aquello era tan surreal, como si fuese parte de una pesadilla del cual no podía salir. Lágrimas, gritos, suspiros... todo pasaba a mi alrededor como una brisa de viento sur.

Mi vista solo iba dirigida a aquel cajón cerrado, hecho de madera y totalmente oscuro, como si viniera de las entrañas de un bosque embrujado.

Ella estaba ahí. Lo sabía. No me dejaron ver el rostro. Su cuerpo estaba cubierto por aquellas sábanas blancas que, a su vez, estaban protegidas por aquel rígido ataúd, tal cual la niebla ensombrece al cielo.

Intentaba recordar su voz. Pero solo escuchaba el murmullo, las lágrimas y los suspiros.

Entonces, sentí que estaba en el medio del desierto. Pero no era un desierto cualquiera, sino un desierto de arenas de sangre y cielo negro, sin luna y con una densa neblina. Aquello me asfixiaba, me hacía perder la razón, me incitaba a la locura. Solo deseaba que la pesadilla terminara, volver a la normalidad.

Las lágrimas volvieron. Era lo único que me mantenía a flote, hasta que me secara de vuelta y el delirio retornara para atormentarme.

Y entonces, todo se calmó. Los rostros desaparecieron, así como también aquellos murmullos y gritos de dolor. El cajón también desapareció y, en su lugar, apareció una mujer. Estaba de espaldas y, como todo estaba oscuro, no podía precisar quién era. Un instante después, se dio la vuelta y la reconocí. Logró salir del ataúd y mostró una media sonrisa, lo cual me emocionó. Aún así, sabía que ya no la vería todos los días. Debía partir, como lo ordena la ley de la vida. Lo único que podía hacer era devolverle esa sonrisa y desearle buena suerte en el viaje. De todas formas, algún día llegará mi turno y podré seguirla.

Quisiera llamarla, pero la molestaría. Mejor que siga descansando y permanezca viva en mis recuerdos y en la memoria colectiva.

Capítulo 8

Colgado en el tiempo

Desde que el techo cayó encima de su esposa, la vida no fue la misma para el marido.

Todos los días iba al sitio en donde murió, donde no había más que ruinas. Tal vez fuera por su repentina locura, pero siempre la veía ahí, sonriente y hermosa. El viudo varias veces intentó acercarse, pero temía que ella se desvaneciera con solo rozarla con la punta de los dedos. Lo que no sabía él era que, lo único que veía era el vestido blanco de su esposa, que estaba colgado de un pedazo de pared resistiendo el paso del tiempo y las polillas.

Antes del accidente, la mujer se había comprado el vestido. Quería sorprender a su marido colgándolo en alguna parte. El marido, al llegar, vio el vestido y expresó su deseo de verla con esa hermosa prenda. La mujer le pidió que comprara champagne, así festejarían su aniversario. El marido, apenas salió de la casa, y escuchó a su esposa gritar. Al darse la vuelta, ya el suceso estaba hecho, arruinando un año de increíble matrimonio.

Al año siguiente, él regresó y solo encontró el vestido. Seguía colgado en ese pedazo de pared que quedó en pie. El viento hacía que la falda se moviera con mucha brusquedad, de manera que daba la impresión de que estuviese bailando. El viudo vislumbró a su esposa, con el vestido puesto y con una sonrisa de ángel. Quiso acercarse, pero sentía miedo de perderla. Por lo tanto, decidió regresar al día siguiente para comprobar si seguiría ahí.

Y regresó. Y al siguiente, y al otro... y siempre la veía en el mismo lugar y con la misma sonrisa. Y pasaron los años, y la esposa nunca cambiaba de aspecto. Solo el marido, que cada día le abandonaba su juventud, aunque su mente aún quedaba estancada en el tiempo, con el deseo de abrazarla y haber disfrutado el momento.

Capítulo 9

Sigo andando

Todos gritan. Todos lamentan. Las casas y los edificios se van cayendo precipitadamente. El cielo es solo un mar de remolinos confusos. La tierra se levanta, se parte, se hunde y se vuelve a levantar. Y yo voy caminando, entre los escombros, mientras proyectiles sin origen rozan mi piel. Los brazos me pesan y siento que se me abren las heridas. Pero sigo caminando. Mi pie toca un cuerpo duro. Miro hacia abajo. Me percato de que camino sobre una alfombra de difuntos. Hombres. Mujeres. Niños. Ancianos. La tierra se abre y los traga a todos, sin distinción. Sigo caminando, sin importar que un misil caiga a mi lado. Ya ni sé si estamos en guerra o es la naturaleza quien se reveló contra nosotros. Amigos. Enemigos. Todos se confunden bajo la máscara de la muerte y la destrucción. El mundo se cae en pedazos. De eso no hay duda. Los remolinos arrastran los restos. Al final, me encuentro caminando a través de un desierto. No sé si es de día o de noche. El tiempo dejó de importar. Sigo caminando. Solo que ya no sé hacia dónde iba.

Capítulo 10

Si supieras

Si supieras lo que se encuentra en mi mente... me describes como si me conocieras por completo, pero no tienes ni la menor idea de quién soy. En el fondo me alegro por tu ingenuidad, me gusta que sigas creyendo que realmente me conoces. Si algún día, logras abrir mi cabeza y analizar mi cerebro, te horrorizaría la cantidad de secretos oscuros, pensamientos perversos e ideas negativas que tengo hacia ti y todos los humanos en general.

Capítulo 11

Antiayuda

La vida no se detiene para nadie. O es ahora o nunca. Es lo que suelo pensar, pero aún no entiendo el porqué me niego a hablarte. Sé que pronto desaparecerás, así como también yo me desvaneceré, sin siquiera poder mirarte a los ojos. Y tú lo sabes también, pero te niegas a romper tu orgullo y esperas a que tome la iniciativa. ¡Tonto! ¡No sabes todas las señales que te mandé para que te acercaras a mí! Ya no sé qué más hacer por tí. También tengo mi orgullo y otras cosas que hacer. No lo olvides, la vida no se detiene para nadie. Ni mucho menos para tí.

Capítulo 12

Historia estúpida

Esta es la historia más estúpida del mundo. Tan estúpida que no sé si me animo a contar. Pero bueno, ya que estamos.

Resulta que esta historia se trata de un hombre estúpido. Ese hombre siempre fue un niño mimado, que conseguía lo que quería cada vez que hacía sus berrinches. Pues bien, pasó el tiempo y empezó a trabajar en una importante empresa para farándulas de televisión. Eso es, se dedicaba a observar los castings de conductores o bailarines para ciertos programas. No me pregunten cuál era su función exactamente, porque eso no viene a cuento. Tampoco me pregunten el porqué digo que era estúpido. De seguro piensan que es porque se creía lo primero que le decían. Falso. En realidad no por eso uno es estúpido. Una cosa es la credulidad y otra, muy diferente, es la estupidez. Tampoco era de los que se aplazaban con frecuencia en clases. No porque uno tuvo un aplazo en un examen quiere decir que sea estúpido. Pero bueno, no sé para qué quieren saber el porqué era estúpido. Si lo conocieran, me darían la razón y listo.

Resulta que él trabajaba en ese lugar que mencioné antes y, cada tanto, metía la pata cada vez que abría la boca para decir tonterías. No lo hacía por maldad. No tenía la culpa de ser así. Los demás lo notaron y empezaron a burlarse de él a sus espaldas. Entonces él, un buen día, los enfrentó y les dijo: "¡No soy estúpido! ¡Solo soy poco inteligente!"

Creyendo que, así, lograría que lo respetaran, recibió el coro de burlas y lincheos por parte de sus compañeros de trabajo. Por días no se hablaba de otro tema y, por su estupidez, consiguió que le dedicaran solo un programa para él y su frase célebre que rondó por diversas páginas web. Por la calle, la gente lo reconocía, lo señalaba y gritaba: "¡Ahí está el estúpido que no es estúpido!"

El pobre estúpido no entendía nada más. Algunos lo tenían como una superestrella y, otros, usaban su imagen photoshopeada para representar su altísimo grado de estupidez. Es que la gente demuestra tener tanta imaginación y creatividad para esta clase de cosas, que hasta el estúpido se da cuenta de eso.

Al final, no tuvo otra opción más que aguantar todas esas estúpidas manifestaciones de su imagen y frase y esperar a que apareciese otro más estúpido para que, rápidamente, tomara su lugar.

Capítulo 13

Amor blasfemo

La princesa estaba junto a su prometido, un príncipe de un reino lejano, que había venido solo para conocerla. Junto a él, vino su hermana, quien se casaría con el hermano de la princesa.

Ambas mujeres se miraron fijamente. Una tenía los cabellos dorados y la otra tenía los cabellos negros. Con la excusa de que deseaban fomentar su amistad de cuñadas, fueron directo a un cuarto oscuro y, lentamente, se dieron un beso apasionado.

- ¿Qué pasará si se enteran de este pecado?- le preguntó la blonda princesa a su amada.
- Pecado o no, no podemos negar esta realidad.
- Estoy celosa. Pronto te casarás con mi hermano.
- Así podremos vernos más de seguido. Tú te casarás con el mío. ¿No es así?

Sus ojos brillaron de la emoción. Podían estar más tiempo juntas, aunque debían verse a escondidas. Lo que no sabían era que, sus respectivos hermanos, también se amaban con pasión y locura. Y, así como las dos mujeres, ellos también trazaron sus estrategias para encontrarse a escondidas luego de casarse con sus prometidas "ante los ojos del Señor"

Capítulo 14

Sentimiento experimental

A cada paso que doy, experimento extrañas sensaciones; mezcla de tristeza, alegría y un sinfín de sentimientos que, como un remolino, se escapan de la caja de Pandora para establecerse en ese estanque de percepciones.

Miro, observo y me fijo en aquella muchacha que, a punto de dar su próxima actuación, se toma un litro de amores insatisfechos. Quisiera darle un consuelo, pero mis palabras serían llevadas por el viento para chocar contra el reflejo de su pasado cruel.

De pronto, descubro que es mi propia conciencia quien me bloquea, una y otra vez, para que nunca logre probar del todo aquel tarro de placeres blasfemos.

Ah, si lo supieras, varias veces traté de escapar. Pero sigo aquí, con la muchacha, la conciencia, las sensaciones y un montón de deseos a los cuales sólo accedo a experimentar. Solo así podría lograr que esta insatisfacción pueda "descansar en paz".

Capítulo 15

Extraña eternidad

Lo último que recuerdo es que aquel camión se me venía encima. Cuando desperté y me miré al espejo descubrí que, en vez de piel, estaba cubierto con una superficie metalizada y que, dentro mío, habían cables, tornillos y placas en vez de órganos. Sí, yo era un ser humano común y corriente, estudiante de informática. Incluso mi nombre era común: Roberto.

¿Qué pasó para que logaran convertirme en un androide?

Me explicaron que conectaron mi cerebro a una computadora y, desde ahí, transfirieron una gran cantidad de descargas electromagnéticas. En resumen, para ser claro, succionaron de mi cerebro mi mente, recuerdos, memoria y, gracias a un programa de codificación, movieron los datos a la memoria del androide. Prácticamente, fue como trasladar archivos de una computadora a otra. Y ahora estoy aquí, como un androide, disfrutando de esta extraña eternidad mientras me pregunto si realmente morí y fui al cielo o al infierno, o si transformaron mi alma en códigos informáticos para que puedas escuchar esta historia.

Capítulo 16

Después del odio...

Jarrones rotos. Papeles esparcidos por el piso. Un hombre sentado en el suelo. Una mujer parada, mirándolo fijamente. Hacía tiempo que peleaban, pero esa noche llegaron a la violencia física. Se sentían cansados, mareados, furiosos y destrozados.

El hombre se fijó en la mirada de la mujer. A pesar de la situación, recordó la vez en que se habían conocido. Sus ojos estaban llenos de fuego y pasión. Se había enamorado de aquellos luceros. Y le estaba pasando lo mismo aquella noche.

- Querida. No me habías dicho lo hermosos que son tus ojos.

La mujer lo miró, sorprendida. Se relajó. Se acercó a él, extendió su mano y le respondió:

- Nunca nadie me dijo tal piropo. No eres tan torpe, después de todo.

Olvidando la pelea de hace unos minutos, se dieron un beso apasionado.

Capítulo 17

Renacimiento de lo bello

El ángel guerrero bajó a la Tierra para ver lo que pasaba. Por alguna razón, la encontró en un ambiente tenebroso, cuyos habitantes se comportaban peor que el demonio.

Algunos traicionaban hasta a sus mejores amigos para conseguir bienes materiales. Otros mataban para obtener lo que más querían. Los que querían escapar de sus responsabilidades mentían, o simplemente culpaban al otro. Y esto y mucho más vio el ángel que, con una desesperación que nunca pensó sentir, le preguntó a Dios el porqué los humanos son así.

En eso estaba cuando vio a unos niños, que estaban jugando entre los árboles. Uno de ellos encontró una flor y, al ver que los otros lo iban a pisotear, dijo:

- Tengan cuidado, o lastimarán esa flor.

- Es solo una insignificante flor – le respondieron los otros niños y pisotearon la planta.

En ángel, compadecido por ese niño de alma pura e inocente, se acercó a él y le dijo:

- No te preocupes, que recibirás un hermoso regalo del gran Creador.

Y en un abrir y cerrar de ojos, el niño tuvo frente suyo un montón de flores hermosas. Algunas eran de una belleza inexplicable, tanto que el pequeño creyó que provenían del paraíso.

- Muchas gracias – le dijo al ángel – pero por más hermosas que sean, siempre alguien las destruirá.

- En este mundo ocurre esa desgracia – le respondió el ángel – pero existe la chance de que vuelva a renacer lo bello, siempre y cuando exista una voluntad de que se haga el bien.

- Eso mismo me dijo mi mamá. Ahora veo que tenía razón.

Entonces el ángel comprendió que, a pesar de que el mundo estuviese invadido por la maldad y el odio, todavía existían personas que deseaban la paz y que, a pesar de todo lo malo de la vida, no perdían las esperanzas de que todo mejoraría algún día.

Capítulo 18

Panambi

Su nombre era Panambi. Era una niña hermosa, pero muy pequeña. Lo que más le gustaba Panambi eran las mariposas, aunque eso no tenía nada que ver con su nombre. Simplemente, quería ver un jardín lleno de mariposas de diferentes colores, volando de flor en flor y atrayendo, con sus llamativas alas, la mirada de otros seres vivos.

Desde que recordaba, Panambi había visto muchas clases de mariposas en toda su vida: mariposas de alas negras, las de alas amarillas, las de alas "mágicas" que podían confundirse con un tallo o una piedra... pero las que más les gustaban eran las mariposas de alas negras y azules. Y siempre que veía una mariposa de esas, creía que su día sería muy bueno.

Pero un día, cuando fue de viaje, entró en un jardín y encontró otra especie de mariposa. Era una mariposa verde. Si bien, ya había visto mariposas verdes, ésta era de un verde extraño: era un verde oscuro y tenía unas rayas negras en las alas externas. Era la primera vez que veía una mariposa como esa.

Panambi trató de seguirla, pero la mariposa empezó a volar. Era muy rápida, más rápida que cualquier otra mariposa que Panambi hubiese visto. Por esa razón, la perdió enseguida.

Después de eso, nunca más vio a una mariposa parecida a esa. Pero tampoco la olvidó y, en el fondo de su corazón, esperaba encontrarse algún día con esa mariposa porque sabía que, si la veía de nuevo, tendría mucha suerte durante toda la vida.

Y hasta hoy, sigue buscándola.

Capítulo 19

Etapas final

Inútil cuerpo mío, que no soportó el paso de los años. Si no fuese inválida, serviría para algo. A veces me pregunto el porqué me tuvo que pasar esto, mientras mi alma se deprime por no tener movilidad.

Aquella mañana de sol tibio y aire fresco traté de levantarme, pero perdí equilibrio. Sentí que me caía a un vacío sin fin, pero solo me había caído de la cama. Nunca las horas habían pasado tan lentas desde aquel entonces. No sé el por qué me pasó, ni sé el porqué conservé intacta mi vida. Solo soy una anciana, que depende de los demás. Soy una molestia, lo sé. Nadie me lo puede negar.

“No digas eso. Tú no causas problemas. Haz hecho mucho por nosotros. Es hora de cuidar de tí”

Eso siempre me dicen, pero en el fondo siento que están hartos de mí. Eso duele, porque siento que solo estoy sobreviviendo en un mundo cruel y dentro de un cuerpo que no funciona más.

Cuando nadie está, me desespero. Tengo miedo de estar sola, de que me abandonen. Solo quiero que ocurra un milagro, para que mi vida tenga un valor al fin.

Las horas pasan lentamente. Empiezo a recordar y añorar algunos hechos del pasado. Cuento un montón de historias a mis nietos, que suelen visitarme para tener compañía. Eso es lo que me hace feliz, porque al estar con ellos, siento que las horas pasan más rápido, que hay posibilidades de volver a sonreír.

Quiero dormir. Quiero descansar. Quiero que este escrito termine ya, para así dejar mis sentimientos y poner un final a esta historia triste y fatal.